

Sí, Eduardo, las guerras mienten

Barragán, Ana Karen

2015-11-18

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/1746>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

■ MEDIEROS

Sí, Eduardo, las guerras mienten

📅 18/11/2015 04:00

👤 Publicado por Ana Karen Barragán

Durante los últimos años hemos sido testigos de la fragilidad humana; ataques mortales que paralizan ciudades y enriquecen países. Balas que han logrado filtrarse en los acuerdos cerrados de los grandes poderosos: los que deciden cuántos huérfanos quedarán al final de la quincena como si fueran objetos de desecho y sin valor; los que contabilizan muertes humanas como el precio que se debe pagar para aumentar las cifras en sus bolsillos; y los mismos que pagan por generar mensajes de odio y discriminación que avalan sus actos nocivos contra la dignidad y la vida humana.

Lo anterior como respuesta a un problema profundamente complejo que es difícil de avizorar: las actuales guerras en el mundo, sumergidas en pactos acordados entre los representantes de las naciones con mayor incidencia y poder de sometimiento y en un mundo que se mueve a una velocidad incierta saturado de mentiras que atraviesan los hemisferios.

Para esbozar lo anterior, retomo lo que nuestro Eduardo Galeano dijo hace unos años durante la convocatoria a la marcha por la Paz en 2009: “Las guerras mienten. Ninguna guerra tiene la honestidad de confesar: yo mato para robar. Las guerras siempre invocan nobles motivos, matan en nombre de la Paz, en nombre de dios, en nombre de la civilización, en nombre del progreso, en nombre de la democracia y si por las dudas, sí tanta mentira no alcanzara, ahí están los grandes medios de comunicación dispuestos a inventar enemigos imaginarios para justificar la conversión del mundo en un gran manicomio y un inmenso matadero”.

Lo cierto es que dentro de tanto oscurantismo y tanta mentira, a muchos nos duele el corazón. Nos hiere profundamente que lo elemental, nuestra posibilidad de ser, no se nos pueda garantizar. Nos lastima profundamente la utilización de vidas humanas para el control desmesurado de recursos que jamás podrán ser equiparables con la sonrisa de un estudiante, el llanto de un bebé, el beso de una madre o la palmada de un abuelo que no volverán.

Hoy, 18 de noviembre de 2015, los cinco continentes dan cuenta de que en nuestros días, la defensa y la promoción de los derechos humanos parecen una utopía; un trabajo que si bien ha mostrado grandes avances, hoy se nos vuelve a la cara y nos cuestiona desde sus entrañas. La sociedad necesita –de manera urgente– voltear a ver sus malestares locales, estatales, regionales e internacionales para dar respuestas concretas y contundentes a nuestros desafíos y problemas actuales, porque para sorpresa de muchos, somos ciudadanos globales que habitan una casa común; una muerte en Siria, París o Líbano no nos puede ser ajena, tampoco una en Guerrero o en Michoacán –serán diferentes motivos, circunstancias, intereses y regiones, pero son nuestros hermanos y hermanas quienes están pagando un destino provocado por muchos con nombre y apellido que no representan nuestras voluntades.

Triste es entonces, que no tengamos la capacidad de reconocimiento humano, que una bandera nos estigmatice, que nos condene a un hartazgo específico o que restrinja nuestro dolor y nuestra capacidad de empatía y compasión por el otro, que dejemos nuestro día a día sin una denuncia o una lucha por un

mundo distinto, de ahí que retome nuevamente a Galeano: “¿Hasta cuándo seguiremos creyendo que hemos nacido para el exterminio mutuo y que el exterminio mutuo es nuestro destino?”.